

GLOBALIDAD Y GOBERNANZA

Ángel Gómez de Ágreda

Teniente coronel del Ejército del Aire (DEM)

La globalización ha convertido al mundo entero en una aldea, en una *polis* griega en la que todo el mundo está conectado y donde todos los acontecimientos tienen influencia en la vida del conjunto de los ciudadanos. Las comunicaciones modernas suponen ciertamente una reducción de las distancias, pero también de los tiempos. Se ha perdido la profundidad estratégica necesaria para reaccionar ante los acontecimientos y se hace imprescindible un nuevo modelo de gobernanza que se adapte mejor a la realidad en que vivimos.

Los intentos de comprender el mundo actual, igual que los de describirlo, chocan con los esquemas cartesianos que tenemos la mayor parte de los occidentales. Pretendemos utilizar un sistema de estudio que nos permita encasillar los acontecimientos y extraer conclusiones de cada uno de ellos por separado para, sumándolos, llegar a un resultado que los englobe a todos. Es más, nuestra intención es siempre la de ir «atando cabos» en un esquema piramidal en el que cada nivel dé lugar al siguiente en una relación unívoca y directa.

Me temo que las cosas no funcionan así en el mundo real. Nuestra secuencia de hechos y conclusiones, lineal y ordenada ella, nos puede proporcionar una sensación de tranquilidad por haber considerado todos los factores y por haber extraído de cada uno todo el jugo que era posible. Sin embargo, las parcelas estancas que consideramos para cada uno no lo son en realidad. Cada factor, a cada nivel, se ve influido e influye a su vez a todos y cada uno de los demás y su análisis aislado –si bien resulta mucho más atractivo visualmente– es absolutamente engañoso.

Una aproximación multidisciplinar a cualquier problema nos demostrará que, lo que para un economista tiene perfecto sentido, resulta tan contraproducente para un sociólogo o para un biólogo como la solución que éstos proponen lo es para aquél.

Esto ha sido siempre así, no nos engañemos. Sin embargo, la interdependencia que existe entre los parámetros de todos los actores –estatales o no– y el ritmo a que la misma se manifiesta hacen que, en la actualidad, la toma de decisiones deba tener en consideración muchos más aspectos que hace unos pocos años y que sus consecuencias sean potencialmente más peligrosas que nunca.

La globalización de la economía –pero también del medio ambiente, de las comunicaciones, de la seguridad y de casi cualquier otro aspecto– nos ha hecho perder *profundidad estratégica* y, con ella, margen de error en la toma de nuestras decisiones. La implicación más evidente es la necesidad de reforzar los mecanismos de gobernanza global en todos los aspectos de la sociedad para conseguir que las decisiones sean capaces de tener en cuenta el mayor número de aspectos de forma simultánea y que se vean lo menos mediatizadas por condicionantes de actores hegemónicos.

Intentaremos explicar a qué nos referimos con lo expresado en el párrafo anterior.

Lo limitado del alcance efectivo y real de imperios, reinos, naciones, empresas y demás actores durante la mayor parte de la Historia ha permitido siempre disponer de una porción muy importante del planeta a salvo de los potenciales efectos perniciosos del uso de dicho poder. Tomemos el Imperio romano o el español –en el que «no se ponía el Sol»– como ejemplo. En cualquiera de los dos casos, la percepción que podían tener los ciudadanos de la época era que las decisiones adoptadas por estos actores iban a afectar a la totalidad del mundo conocido. Sin embargo, cabe hacer dos salvedades a este alcance. Por un lado, el mundo *conocido* distaba mucho de ser la totalidad del real; hasta hace relativamente pocos años no se ha conocido realmente la totalidad del planeta. Además, incluso dentro del mundo que estaba, efectivamente, cartografiado, se ignoraba deliberadamente a una parte muy significativa del mismo, bien por prepotencia, bien por ignorancia, bien porque, realmente, fuera irrelevante políticamente o las distancias o accidentes geográficos lo convirtieran en tal.

Incluso a nivel local, las decisiones y los sistemas que se empleaban tenían un carácter marcadamente de clase y tendían a afectar a las relaciones entre aquellos ciudadanos que gozaban de un cierto estatus mientras que apenas si incidían en las vidas de la mayor parte de la población.

La caída de los imperios, su relevo por otros o su desmembramiento y subsiguiente reordenación de las piezas que los formaban daban lugar a realidades distintas porque una parte de la población o una parte del mundo se había mantenido al margen de los aciertos y de los errores cometidos por un sistema. Eso ha dejado, en muy buena parte, de ser así. En muchos casos sólo sobrevive una apariencia de diversidad –en muchos casos forzada– cada vez más sujeta a matices poco significativos.

Cuando hablamos del consenso de Washington y del consenso de Beijing como paradigmas contrapuestos lo hacemos con una perspectiva que tiene más de histórica que de económica. La incorporación de la República Popular China a la Organización Mundial del Comercio hace una década supuso un paso relevante en la fusión de ambos sistemas. Desde la introducción de las medidas aperturistas de Deng hace ya 30 años, cada año ha supuesto un paso más en la convergencia hacia un sistema mixto.

Como dos imanes del mismo polo, el movimiento hacia la derecha del sistema chino coincidió con un proceso de desregulación en Occidente –léase Estados Unidos– que pretendía reducir todavía más el papel del Estado. Por mucho que China se acercase al sistema occidental, Occidente se *occidentalizaba* cada vez más en beneficio de unas élites financieras.

La confluencia de la velocidad creciente del tránsito a una economía de mercado en el gigante asiático y la demostración de que el exceso de desregulación elimina a una clase media que es, precisamente, el motor de la sociedad de consumo nos lleva a un sistema en el que nos reconocemos –con matices, en algunos casos, importantes– los europeos. El sistema resultante no puede ser otro que uno en el que el Estado tenga su cuota de control sobre la evolución de los mercados; ni tanta como en una economía dirigida, ni tan poca como en el sueño del presidente Reagan.

¿Por qué es, entonces, Europa el «pagano» de la crisis actual si, razonablemente, su modelo es el más equilibrado? Evidentemente, porque Europa no es un sistema aislado como tampoco lo son ninguno de sus países respecto de la Unión. El paradigma europeo puede ser válido si es universal, si la regulación que pretende establecer la cuota que le asigna al poder estatal dentro de su sistema de mercado puede aplicarse en todo ese mercado. La globalización de los mercados obliga, sin embargo, a Europa a jugar con unas reglas distintas a las de sus competidores.

El problema, según queríamos explicar, es que eso mismo sucede en cualquier otro lugar del mundo. China está tan atrapada en la espiral de acumulación de deuda norteamericana tanto como los mismos Estados Unidos. Si buscamos otros casos veremos cómo es virtualmente imposible encontrar un actor relevante que también escape a la tiranía de la globalización.

Por lo tanto, hemos perdido la *profundidad estratégica* que nos proporcionaba la capacidad para recuperarnos de los errores apoyándonos en aquellos que no participasen de los mismos. Nos hemos quedado sin un punto de apoyo ajeno al sistema sobre el que colocar la palanca que mueva al mundo y lo saque del problema en que se meta. El concepto de *profundidad estratégica* hacía referencia a la capacidad para perder terreno o recursos durante un tiempo y ser capaz de que el sistema –la nación, la coalición, la empresa– se recuperase a tiempo de contraatacar y vencer la guerra. El caso más notable en la Historia es, probablemente, el de las distintas invasiones que se han intentado sobre una Rusia –o sus equivalentes– capaz de retroceder y ceder terreno sólo para recuperar la iniciativa cuando el atacante pierde momento.

Las decisiones de los grandes actores de hoy afectan a todos y arrastran a la totalidad del mundo hacia adelante o hacia atrás en función de que sean aciertos o errores. La miopía con que algunos países persiguen el beneficio singular y aislado basado en la presunta supremacía de su sistema, las políticas proteccionistas que otros aplican respecto de sus vecinos o las reacciones, en fin, de otros a las injusticias resultantes de los dos primeros casos debilitan el conjunto del sistema.

Los «juegos de suma cero» en que la ganancia de uno es pérdida del otro han dejado de funcionar en el mundo global por el mero hecho de que todos formamos parte del mismo sistema y, por lo tanto, el perjuicio de una de las partes acabará repercutiendo en todas las demás así como los beneficios obtenidos por una terminan por repartirse en cierta medida y hacer progresar al conjunto. Podemos estirar la cuerda y sacar partido a las ventajas competitivas que tengamos respecto de otros países en tanto en cuanto se mantenga un equilibrio suficiente que evite que entremos en conflicto con los demás y que nuestro beneficio sea tal que ocasione un perjuicio inaceptable a otra de las partes.

Si antes podíamos permitirnos el lujo de considerar irrelevante a determinado país o región, hoy tenemos que observar con mucha precaución

cualquier acercamiento de uno de ellos a la situación de «Estado fallido» porque las implicaciones que tiene su mera existencia para nuestra seguridad global –y la de nuestra economía– es, ciertamente, muy relevante. No apoyamos en lo que Barnett define como el «mundo conectado» para progresar pero no podemos perder de vista al resto de la humanidad por el potencial desestabilizador que tiene.

La falta de *profundidad estratégica* nos lleva a la necesidad de no equivocar nuestras decisiones porque éstas se basen en criterios del estilo de los que hemos visto. Los nacionalismos excluyentes no tienen cabida en el nuevo paradigma, pero tampoco la tienen los nacionalismos que, sin serlo, pretenden obtener un beneficio desproporcionado respecto de otros. Los peligros principales de las próximas décadas no van a venir de conflictos por recursos concretos sino por percepciones y por cuotas de relevancia mundial porque la tendencia imparable hacia un sistema de gobernanza global degenerará en una lucha por un «lugar en el Sol» del nuevo sistema.

El equilibrio del mundo bipolar se rompió mucho antes de la desaparición de la Unión Soviética por el disfrute efectivo de la supremacía mundial ha sido lo suficientemente longevo como para que la transición a un sistema multipolar pueda ser vista más como una amenaza que como un reequilibrio por parte de aquellos que disfrutaron de una posición de privilegio.

Resulta preocupante observar las trasnochadas actitudes de los viejos imperios ante la pérdida de su hegemonía. Lo que en el anterior sistema supondría un relevo en la cúspide mundial, en el nuevo supone una forma distinta de hacer negocios. La falta de comprensión de este aspecto tan importante puede dar lugar a la mayor de las catástrofes si los unos se empeñan en jugar con las viejas reglas y los otros en ignorarlas como cosa del pasado. Cuando tus sueños se basan en la imposición al mundo de una reglas que te benefician, la pretensión del otro de modificar las normas amenaza con un mundo de pesadillas.

Tampoco es muy edificante observar cómo la desconfianza y las obsoletas pretensiones autárquicas de unos impiden el desarrollo de sus vecinos. Políticas proteccionistas e intervencionistas aplicadas por bloques poderosos están llevando a situaciones como las que hemos vivido a lo largo de todo el año 2011 en el norte de África. La falta de desarrollo no se soluciona asignando un 0,7% de la riqueza del Norte a «darle un pescado» al Sur para evitar que se muera de hambre y siga proporcionándonos

los recursos que necesitamos para subvencionar industrias que serían más eficientes puestas directamente en sus manos. Ahora bien, es más cómodo y beneficioso para el poderoso mantener subvencionado al pobre que asociarlo a él.

El mundo sí es suficiente. Nos sobra mundo para todos; pero sólo si lo gobernamos como un mundo y no como un puzle de intereses contrapuestos. Igual que nuestra libertad termina donde empieza la del vecino, tenemos que comprender que nuestra prosperidad depende de la que tenga nuestro semejante; que no tendrá que ser igual a la nuestra ni crecer en la misma medida, pero deberá permitirle sentir que es capaz de ejercer su grado de libertad con dignidad.

Por eso necesitamos nuevos mecanismos de gobernanza global básicamente independientes de los intereses de unos u otros Estados. La lucha que se libra en las plazas de medio mundo reclama –o reclamaba en su grito inicial– precisamente eso: poner el foco en la persona y no en el Estado, centrar la democracia en el ciudadano y no en los Estados, los gobiernos y los partidos. Necesitamos recuperar el mundo para las personas porque el sistema de gobierno actual ha dejado de ser reflejo de una sociedad global.